Pedro Cruz Freire • Manuel Gámez Casado •
Ignacio J. López Hernández • Pedro Luengo • Alfredo J. Morales

ESTRATEGIA Y PROPAGANDA

ARQUITECTURA MILITAR EN EL CARIBE (1689-1748)



«L'ERMA» di BRETSCHNEIDER

BIBLIOTHECA ARCHAEOLOGICA, 70

Pedro Cruz Freire, Manuel Gámez Casado, Ignacio J. López Hernández,
Pedro Luengo y Alfredo J. Morales

ESTRATEGIA Y PROPAGANDA

ARQUITECTURA MILITAR EN EL CARIBE (1689-1748)

«L'ERMA» di BRETSCHNEIDER
Roma - Bristol

Pedro Cruz Freire, Manuel Gámez Casado, Ignacio J. López Hernández,
Pedro Luengo y Alfredo J. Morales

Estrategia y Propaganda. Arquitectura militar en el Caribe (1689-1748)

En la portada: Fort St. Louis, Fort de France, Martinica

© 2020 «L'ERMA» di BRETSCHNEIDER

Via Marianna Dionigi 57
00193, Roma - Italy
www.lerma.it

70 Enterprise Drive, Suite 2
Bristol, Ct 06010 - USA
lerma@isdistribution.com

Sistemi di garanzia della qualità
UNI EN ISO 9001:2015

Sistemi di gestione ambientale
ISO 14001:2015

Pedro Cruz Freire, Manuel Gámez Casado, Ignacio J. López Hernández, Pedro Luengo y Alfredo J. Morales

Estrategia y Propaganda. Arquitectura militar en el Caribe (1689-1748): «L'ERMA» di BRETSCHNEIDER, 2020. - 230 p. : ill. ; 28 cm. (Bibliotheca archaeologica ; 70)

ISBN : 978-88-913-1953-1 (Tapa blanda)
ISBN : 978-88-913-1955-5 (PDF)

ISSN: 2240-8347

CDD 720
1. Fortificazioni

Arquitecturas del Poder en el Caribe y el Sudeste Asiático. 1729-1764 (PGC2018-099323-B-I00)



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN VII

1689-1721. UN MODELO EN DESARROLLO 1

La situación bélica en el Caribe hasta 1720 1
- Guerra de Sucesión española (1701-1713) 4
- La guerra de la Cuádruple Alianza (1717-1720) 5
- Los alzamientos locales 6

La herencia del siglo XVII 7
- La aplicación de las escuelas europeas 7
- Las reformas de estructuras precedentes 8
- El cuadrado abaluartado 9
- Entre el recinto amurallado y el fuerte irregular en penínsulas 28
- Islas con baterías 55
- La creación de una imagen de imperio 66
- Un Atlas francés de fortificaciones en el Caribe 69

Ingenieros en América: de profesional independiente y sin jerarquía a miembro de un Real Cuerpo 69
- La libertad de movimiento y de actuación 70
- Juan de Herrera Sotomayor y la Primera Academia de Matemáticas de América 76
- *Fortificatie*. Un tratado de fortificación europeo en América 79
- Técnicas constructivas: de las experiencias europeas a las tradiciones locales 79

Conclusiones 85

1722-1748. EL CARIBE COMO FOCO MUNDIAL 87

Los conflictos caribeños en el segundo cuarto del siglo 89
- La guerra del Asiento (1739-1748) 89
- Los primeros alzamientos de esclavos 90

Las nuevas fortificaciones: sistemas y modelos 91
- Islas fortificadas y la transformación del fuerte cuadrado 92
- Murallas de ciudades 112

Penínsulas fortificadas 135
Bahías fortificadas 142
Fortificaciones de campaña 168
Ingenieros y ejército: organización, jerarquía y formación 176
El Real Cuerpo de Ingenieros Militares en América 176
Organización y jerarquía de los ingenieros franceses y británicos 182
Tratadistas en América: Félix Prosperi y La Gran Defensa 184
El principio de las tareas de inteligencia 187
Conclusiones 191

Conclusiones 195

Bibliografía 199

Apéndice documental 209

INTRODUCCIÓN

El patrimonio histórico más relevante que conservan muchos de los puertos del Caribe corresponde a sus fortificaciones. Desde La Habana hasta Cartagena de Indias pasando por Fort-de-France o Saint Kitts, tales estructuras son reconocidas como testimonios elocuentes de su historia. A medio camino entre su significado para la identidad local, regional o nacional y el atractivo turístico internacional, la mayoría sortean en sus explicaciones actuales las implicaciones de haber sido construidas por un poder extranjero que es considerado como opresor en las interpretaciones locales más extremas. Unas pocas como San Carlos de la Cabaña (La Habana) o San Juan de Ulúa (Veracruz) fueron testigos de episodios más recientes de la historia local, lo que justificaría su protección como ejemplos de un pasado más próximo. Su explicación más tradicional excluye además el papel o la trascendencia histórica local y especialmente la regional, ante la importancia otorgada a fenómenos en muchos casos geográficamente lejanos. La mayoría de estas fortificaciones perdieron su función defensiva a principios del siglo XIX, antes de la independencia de la mayoría de las repúblicas caribeñas, convirtiéndose en meros símbolos de la imagen de esos puertos. A pesar de su innegable importancia, la mayoría carece del atractivo artístico de los interiores religiosos o incluso civiles, siendo ocasionalmente reconocidos por sus evidentes valores constructivos, espaciales o tecnológicos, aunque raramente son subrayados.

Las fortificaciones parecen haber sobrevivido a la especulación inmobiliaria, a las reformas urbanísticas, a los cambios de función o a las sucesivas revoluciones, quizás por ser uno de los pocos vestigios de un periodo de la historia americana, aunque sus implicaciones con la sociedad actual parezcan *a priori* poco claras o sean incluso contradictorias. Esta interpretación, que subyace en los discursos explicativos de muchas de las fortificaciones y que está basada en la historiografía, dificulta, cuando no impide totalmente, una correcta puesta en valor de estos monumentos, en los que la sociedad actual tiene derecho a sentirse reconocida. Recientemente se ha trabajado en vincular su construcción con la adaptación de propuestas europeas, midiendo su grado de retraso técnico, valorando su función en conflictos lejanos trasladados al ámbito americano, o insistiendo en los perfiles biográficos de los ingenieros militares que las diseñaron. En cambio, han caído en el olvido aspectos igualmente trascendentales como su función en un ámbito más cercano como el regional o el caribeño, el diálogo cultural establecido tanto en términos constructivos como militares, o la contribución de los nativos o los esclavos africanos en el desarrollo de una ciencia práctica como es la fortificación.

Por diferentes motivos, este tipo de reflexiones históricas pueden hacerse con mayor facilidad desde el estudio de la arquitectura, especialmente a partir de la defensiva. Se trata de bienes inmuebles que no han cambiado de emplazamiento, como ocurre con algunos bienes muebles. Esto permite una vinculación de las obras con el espacio concreto para el que fueron creados. Por otro lado, la cantidad de información de archivo disponible para la arquitectura militar permite conocer con precisión las múltiples fases constructivas y establecer con fiabilidad el marco cronológico de las obras. Además, su pérdida de función en época relativamente temprana ha limitado notablemente los cambios en las estructuras. Por último, estos edificios fueron construidos para conservarse con escasas labores de mantenimiento y en muchas ocasiones apenas tuvieron uso, lo que ha permitido que en su mayoría se encuentren en buen estado.

La historia de la arquitectura se ha estudiado tradicionalmente desde parámetros geográficos, tales como el ámbito caribeño, o el sudeste asiático. También atendiendo a razones tipológicas, diferenciando entre edificios religiosos o civiles y dentro de estos entre residenciales, administrativos o militares. Asimismo, se ha atendido a su lenguaje o a sus valores espaciales. Esto ha permitido documentar numerosos procesos que han venido a sustentar las correspondientes historias nacionales. Desde finales del siglo XX, otras corrientes historiográficas han preferido desmarcarse de esta tendencia para explicar fenómenos de globalización y de cruces de influencias que aminorasen el protagonismo nacional, por un lado, y la preeminencia occidental o fundamentalmente europea, por otro. El carácter reciente y unipersonal de estas nuevas aproximaciones, aún más habituales en la historia moderna[1] o de la ciencia[2], que en la historiografía ar-

[1] Véase Gruzinski 2010.

[2] Sobre este asunto, consúltese Kapil 2013.



Fig. 1. Mapa general del Caribe y golfo de México. © Elaboración propia.

tística[3], ha ofrecido resultados prometedores pero carentes del grado de detalle que habría sido fruto de la colaboración de diferentes especialistas. Resulta por ello necesario abordar la investigación de las fortificaciones desde la comparación entre ámbitos geográficos diferentes, pero con algunos elementos comunes que sirvan de referencia[4]. Por ejemplo, el ámbito caribeño ofrece una presencia hispana protagonista, complementada por territorios gestionados por otras potencias. Por su parte, el sudeste asiático ofrece una nómina similar de reinos europeos, aunque con un protagonismo diferente y en la que se suman los gobiernos locales, desde el imperio chino hasta los pequeños sultanatos del sur, pasando por Siam. Ambos espacios posibilitan visiones trasnacionales que ayudan a superar los discursos previos.

El marco geográfico elegido para el presente estudio engloba tanto los puertos del Caribe como los del golfo de México, incluyendo no solo los administrados por el gobierno español sino también los de otras potencias europeas como Francia, Inglaterra, Holanda y Dinamarca. A ellas habría que unir las fortificaciones de origen local, mucho más excepcionales en este ámbito geográfico. La intención es conseguir así una aproximación transimperial que supere las visiones poscoloniales y subraye tanto las relaciones regionales como las diferencias entre los distintos gobiernos europeos. Se pretende además clarificar los casos de influencias mutuas, los intercambios de personal y la circulación de la información privilegiada. De esta forma se insiste en la división propuesta por Kubler[5]. Este planteamiento intenta unificar campos de trabajo tradicionalmente independientes y por tanto con antecedentes historiográficos diversos. Así, las fortificaciones han sido un tema habitualmente reservado a especialistas, debido a los tecnicismos y al recurso de fuentes de archivos recurrentes, abriéndose puntualmente al análisis de otras arquitecturas militares. Esta concentración, que ha permitido conocer en profundidad un capítulo importante de la producción constructiva del momento, ha marginado los vínculos con otras arquitecturas civiles a la hora de crear una imagen de poder definida por el imperio o el estado. Tanto la arquitectura doméstica como la ingeniería civil servían para generar una imagen reconocible de un reino, en su territorio original o en los asentamientos coloniales. No obstante, resulta evidente que las diferentes escuelas de vanguardia bélica y en concreto de fortificación, así como la arquitectura de representa-

[3] Esta perspectiva ya fue propuesta por Kaufmann 2004 y Elkins 2006.
[4] Una visión más amplia acerca de este tema la ofreció Elliot 2012.
[5] Véase Kubler 1964. Este texto aparece citado en Kaufmann 2004, p. 228.

ción, en forma principalmente de palacios de gobierno y de virreyes, eran los elementos que definían esa identidad de forma más notoria.

De hecho, estos edificios no deben entenderse como una mera producción funcional, puesto que intentaban crear una imagen del promotor. Esto puede observarse en el caso de las obras promovidas por el poder para la articulación y gestión del territorio, ya fuera a través de estructuras defensivas o palacios de gobierno en sus diferentes formatos. Esta gestión de la imagen imperial o de las estructuras defensivas sería común a cada una de las potencias occidentales, como también lo eran las teorías artísticas que las respaldaban. Tal planteamiento enlazaría con lo que recientemente ha venido en llamarse retórica de la arquitectura[6]. También con las imágenes de las ciudades estudiadas por Kagan[7], que conectaría con los numerosos estudios del equipo liderado por Mínguez, sobre las imágenes del poder en la arquitectura[8]. Este libro, centrado en una tipología muy concreta, vendría a complementar un punto intermedio entre estos tres enfoques. Van Eck se ocupa exclusivamente de arquitectura europea y la utilización del lenguaje antiguo como base, aunque no necesariamente clásico, considerando que este fenómeno no tiene concomitancias en otros territorios, conclusión con la que no se está de acuerdo. Kagan se ha centrado con su destacable trabajo en la imagen de las ciudades, problema que está relacionado con la visión del poder que se pretendía ofrecer, pero a partir de piezas pictóricas. Algo similar ocurre con los trabajos de Mínguez y su equipo, pues, aunque han abordado el problema de las ciudades de época moderna, lo han efectuado a partir del análisis de la fiesta y la iconografía regia. Todo ello es parte clave de la imagen del poder, pero su estudio ha estado centrado mayoritariamente en obras escultóricas y pictóricas. Este libro pretende basarse en estos tres estudios para identificar una imagen planteada tanto en la decoración de los edificios como sobre todo en sus espacios y monumentalidad. A partir de ellos, se puede observar su diferente implantación fruto de otros contextos geográficos, materiales constructivos disponibles, o requerimientos bélicos. Además, a diferencia del caso caribeño, será posible evaluar el grado de interés por estos procedimientos por parte de los reinos nativos. Las fortificaciones generaban una imagen de monumentalidad e inexpugnabilidad, pero también debían ofrecer un código decorativo propio del reino, normalmente visible en las portadas. Aunque procedentes de tratados contemporáneos, es importante abordar cómo las diseñadas para La Habana, Cartagena de Indias o Martinica en este momento planteaban similitudes y diferencias.

El marco cronológico previsto para este estudio se desarrolla entre 1689 y 1748, siguiendo las etapas de evolución de la estrategia militar a escala global previstas por Black[9]. Este contexto permite abordar el impacto bélico internacional en la zona, desde la guerra de los Nueve Años hasta la de la Oreja de Jenkins o del Asiento. Además, coincide con un periodo congruente en la creación de un espíritu novohispano[10], y con el de formación de la sociedad caribeña vinculada a las plantaciones del ámbito inglés[11]. En el mismo se intentan poner en relación conflictos a nivel mundial, lo que ayuda a entender el problema desde un prisma más amplio, que corresponde también con la ampliación geográfica que ofrece el propio siglo XVIII. Este largo periodo se ha subdividido en dos partes, debido al diferente protagonismo de la zona en los conflictos internacionales y al tratamiento de la ingeniería militar en las últimas décadas abordadas. En la primera sirven de marco los años 1689 y 1721, un periodo caracterizado por el paulatino crecimiento e importancia de las fuerzas militares en los conflictos, que aún se incrementaría en las décadas siguientes. Se inicia en los enfrentamientos de la guerra de los Nueve Años (1688-1697) y el final de la guerra de la Cuádruple Alianza (1718-1720), más la Gran Guerra del Norte (1700-1721), incluyendo conflictos probablemente más internacionales como la guerra de Sucesión española (1701-1714). El siguiente periodo se establece entre 1722 y 1755, alcanzando los últimos ecos de la guerra de Sucesión austriaca en las Segundas Guerras Carnáticas (1748-1754) en la India. En esta segunda fase el número de conflictos específicamente americanos aumenta, especialmente en el norte, con las guerras Chickasaw (1721-1763), o la guerra Anglo-Wabanaki (1722-1725). Mayor impacto sobre el ámbito caribeño tuvo la guerra Anglo-Española (1727-1729), o incluso en cuestiones de formación de ingenieros, la Hispano-Portuguesa (1735-1737), siendo la guerra del Asiento (1739-1748) la de mayor trascendencia internacional y regional en el Caribe. Por ello, en este libro se han preferido obviar los siete últimos años del marco propuesto por Black, ya que en América parecen apuntar más a una nueva etapa que terminará en los conflictos de la guerra de los Siete Años (1756-1763).

Para evitar atender en exceso a los comentarios sobre los antecedentes en el estudio de las fortificaciones se citarán exclusivamente las monografías que destacan por su interés, bien sea recopilatorio o interpretativo. En primer lugar hay que tener en cuenta estudios clásicos, no por ello superados, realizados por autores tales como Angulo Íñiguez[12] o Calderón Quijano[13]. Sobre ellos, que muestran un profundo conocimiento de las fuentes, se han realizado interpretaciones más modernas, que serán necesarias para abordar el estudio.

6 Véase Van Eck 2007.

7 Kagan 2000.

8 Mínguez y Rodríguez 2006 y Mínguez 2007.

9 Black 2007.

10 Consúltese Cuadriello 1999.

11 Sheridan 1998, pp. 102-130.

12 Angulo Íñiguez 1939.

13 Numerosas han sido las aportaciones relativas a la cartografía americana. Al respecto véase Calderón Quijano 1988; Calderón Quijano 1985; Calderón Quijano 1962.

En primer lugar cabe citar a Capel y su equipo[14], Moncada Maya[15], Ramos Zúñiga[16], Gutiérrez[17], así como los textos de Cámara[18] , los incorporados al libro *Cartografía y relaciones históricas de Ultramar*[19] o los catálogos de exposiciones y publicaciones de CEHOPU[20]. En esta misma línea y subrayando la inexistencia del punto de vista de la ya muy activa historiografía española, la UNESCO ha publicado libros sobre las fortificaciones americanas, siendo destacable la edición coordinada por Sanz[21]. A estas referencias pueden añadirse estudios monográficos de menor extensión aparecidos en publicaciones periódicas sobre monumentos o edificios concretos. Es el caso de las aportaciones de Blanes Martín[22], González Fernández[23] o Pérez Guzmán[24]. En las primeras décadas del siglo XXI se reactivó el interés por el tema a uno y otro lado del Atlántico, con trabajos como el de Segovia[25] y la publicación de un número monográfico en la revista especializada *Quiroga. Revista de Patrimonio Iberoamericano*, en la que diferentes autores abordaron en detalle el problema cubano[26].

Los años 2015 y 2016 fueron muy prolíficos en la publicación de trabajos sobre la ingeniería militar del siglo XVIII en España, en un momento en el que las iniciativas se venían multiplicando. Desde el volumen coordinado por Cámara y Revuelta[27], hasta los trabajos de Muñoz Corbalán, principalmente su monografía sobre Verboom[28], las diferentes contribuciones ofrecían una importante base para entender la realidad de la ingeniería militar en España en ese siglo, aunque sus consecuencias americanas y asiáticas tenían una presencia aún marginal. Al año siguiente el ritmo continuó, sumando en un contexto más amplio, tanto geográfico como cronológico, como muestran los trabajos de d'Orgeix y del mismo Muñoz Corbalán en el volumen coordinado por Cámara[29]. En este año dieron comienzo una serie de publicaciones sobre el Caribe, fruto de los resultados de los proyectos liderados por Morales. En primer lugar vio la luz *From Colonies to Countries*[30], para poco más tarde publicarse el volumen coordinado por Cruz Freire y López Hernández[31]. También en 2017 vio la luz una nueva biografía, como ocurriera con la de Verboom para España, de un personaje clave para la ingeniería caribeña, la escrita por Cruz Freire sobre Silvestre Abarca[32]. Por último, cabe señalar un primer intento de revisión de la ingeniería caribeña desde una perspectiva transnacional, una exigencia necesaria en el entorno historiográfico presente. Se trata del catálogo de la exposición *Mares fortificados*, publicado en colaboración con el Museo del Canal Interoceánico de Panamá, en donde se llevó a cabo la muestra[33].

En este contexto, el objetivo principal de este trabajo es demostrar que cada potencia europea planteó un modelo diferente de gestión, a partir de unos paradigmas teóricos que definieron mediante la trasferencia técnica el desarrollo urbano de las ciudades y el geográfico de las regiones, así como la propia defensa de las poblaciones bajo su gobierno. Estos modelos deberán explicarse primero como una política nacional específica, pero también tendrá que valorarse cómo se desarrollaron en el ámbito caribeño. Cualquier estrategia vino condicionada por una geografía particular y un despliegue militar muy limitado que determinó cualquier estrategia. Otro aspecto destacable de este estudio corresponde al papel de los diferentes responsables de las obras, desde los ingenieros hasta los obreros, pasando por gobernadores, ingenieros en formación, o simples militares. El diálogo técnico supone un último punto de especial valor, no solo por analizar la trasferencia hacia el Caribe y su impacto real en forma de tratados, propuestas, academias y finalmente obras, sino por la posible contribución local.

Para llevar a cabo todo esto ha sido necesario partir de las fuentes bibliográficas, de una amplia labor de archivo y del análisis de los restos conservados. En el caso de los repositorios documentales, cabe señalar varios fondos, algunos de los cuales no habían recibido mucho interés por parte de los investigadores. En primer lugar, las bibliotecas históricas dependientes del Ministerio de Defensa de España ofrecen una riqueza de representaciones gráficas, a veces complementada con documentación textual, apenas comparable con los Archivos Estatales de España, y en concreto al Archivo General de Indias, o a los fondos franceses en conjunto. En este último caso, a los fondos conservados hoy en la Bibliothèque Nationale de France hay que sumar los de los Archives Nationales d'Outre-Mer (Aix-en-Provence)[34]. Estos dos fondos, a pesar de ubicarse lejos del Caribe, cuentan con una variedad de fuentes ineludibles para este estudio, aunque deben ser cruzadas con las respuestas enviadas desde la metrópoli o las propuestas nunca enviadas a Europa, conservadas en

[14] Sobre la labor desempeñada por los ingenieros militares durante el siglo XVIII véase Capel, Sánchez y Moncada 1988 y AA.VV. 1983.

[15] Moncada 2003, pp. 20-31. Además, puede consultarse Moncada 1993.

[16] Ramos Zúñiga 2006; Asimismo, puede consultarse Ramos Zúñiga 1993; Ramos Zúñiga 1993, pp. 49-64 y Zapatero 1979.

[17] Gutiérrez 2005; Asimismo, consúltese Gutiérrez 1993 y Gutiérrez 1991.

[18] Para el caso americano cabe destacar Cámara y Cobos 2005. Una obra más general fue la coordinada por Cámara (coord.) 2005.

[19] AA. VV. 1999 y AA.VV. 1996.

[20] Mañas Martínez (coord) 1985; González Tascón, Vázquez de la Cueva, Castro Rodríguez y González Santos 1993; González Tascón 1992.

[21] Sanz (ed.) 2006.

[22] Blanes Martín 2006 y Blanes Martín 2001.

[23] González Fernández 1994, pp. 225-240.

[24] Pérez Guzmán 1992.

[25] Segovia 2013.

[26] Véase *Quiroga. Revista de Patrimonio Iberoamericano*. 5, 2014.

[27] Cámara y Revuelta (coords.) 2015.

[28] Muñoz Corbalán 2015.

[29] Cámara (coord.) 2016.

[30] Smith y Luengo 2016.

[31] Cruz Freire y López Hernández (coords.) 2017.

[32] Cruz Freire 2017.

[33] Luengo (coord.) 2018.

[34] Llama la atención la poca trascendencia historiográfica que han tenido los fondos de estos archivos en la escuela francesa, presente en pocos, aunque valiosos estudios como los de Vidal y Orgeix 1999 y Bailey 2018, pp. 149-172.

archivos nacionales americanos. En este sentido cabe destacar algunos fondos del Archivo Nacional de Cuba y los planos del Archivo General de la Nación de Colombia, así como la documentación disponible en el Archivo General de la Nación de México. Mucho menos numerosos, pero igualmente importantes son los documentos localizados en Reino Unido, principalmente en la British Library y en los National Archives de Kew; en la Library of Congress o la Public Library de Nueva York, en Estados Unidos, o excepcionalmente en Dinamarca.

Este trabajo de archivo ha proporcionado una base fundamental y mayoritariamente inédita, pero insuficiente sin un conocimiento de los restos conservados y de los entornos geográficos estudiados. Para ello, el equipo ha realizado trabajos de campo en la mayoría de los puertos tratados, con excepción de aquellos donde los restos son poco representativos, las condiciones de acceso dificultan el trabajo o las situaciones políticas actuales imposibilitan este tipo de labores de investigación. La citada variedad de fuentes ha llevado a una compleja nómina de enclaves geográficos que pueden llevar a error a aquellos poco habituados a esta situación. Por poner un ejemplo claro, la isla de Saint Kitts es conocida por los franceses como Saint Christophle o Christophe. De la misma forma, la isla de Santo Domingo recibió este nombre para la zona administrada por la corona hispana, mientras que los franceses la conocieron como Saint Domingue, en lo que correspondería con el actual Haití. A esto habría que unir ciudades que han modificado su grafía o nomenclatura en los últimos siglos, tales como Movila (actual Mobile), Panzacola (Pensacola) o Santo Tomé de Guayana (Ciudad Bolívar) por citar las más habituales. Este trabajo ha apostado por mantener la nomenclatura histórica por varios motivos, aunque pudiera resultar confusa. En primer lugar, se trata de entes históricos diferentes, a pesar de referirse a emplazamientos geográficos coincidentes. Por otro lado, la tradicional historia nacional ha mantenido esta nomenclatura, por lo que estaría injustificado modificarla por abordarla con una perspectiva trasnacional. Además, son referencias perfectamente conocidas por los especialistas. Por último, los nombres históricos resultan más claros a la hora de vincularlos con las fuentes gráficas que recogen en sus títulos las denominaciones originales.

Con los resultados del trabajo se pretende no solo un incremento de conocimiento, sino también su transferencia para, entre otras posibilidades, dar respuesta al interés suscitado entre el turismo internacional y las poblaciones locales, o en los círculos académicos, dedicados a este tipo de patrimonio. Grupos específicos de Facebook con carácter *amateur*, iniciativas de construcción de centros de interpretación, propuestas de restauración, planes de declaración como patrimonio nacional o mundial, todas ellas deberían beneficiarse de la visión fruto de este esfuerzo. Solo desde el conocimiento, será posible una protección sostenible, que evite la utilización demagógica de los monumentos como signos históricos, así como una auténtica puesta en valor ante la sociedad nacional e internacional.

1689-1721. UN MODELO EN DESARROLLO

El tránsito del siglo XVII al XVIII supone un cambio radical en el protagonismo de América en el contexto internacional, dotando a su defensa de una trascendencia nunca vista hasta el momento. Hasta esos años, los conflictos entre potencias europeas se desarrollaron lejos de las aguas caribeñas, marcadas principalmente por el creciente contrabando y las acciones de piratería[1]. Este contexto generó al menos dos planteamientos contrapuestos, el hispano que intentaba mantener a salvo las vías de comunicación de sus territorios con la metrópoli, pero con un creciente interés en la protección regional, frente a las particularidades de una red de *entrepôt* planteada por la iniciativa británica. La conexión entre Sevilla, o Cádiz desde 1717, con los puertos caribeños se hacía pasando por Canarias y de allí hasta Dominica, donde la flota de Tierra Firme y la de Nueva España se separaban. La primera se dirigía a Cartagena con escala previa en Portobelo, mientras que la segunda continuaba su derrotero por el sur de las Antillas mayores: San Juan, Santo Domingo y Cuba, para finalmente arribar a Veracruz. Aunque el protagonismo de los puertos se mantenía desde el siglo XVI, paulatinamente creció la preocupación por la protección de otras regiones vecinas a las grandes capitales, para garantizar tanto la estabilidad local como para dotar de otra opción de defensa a la propia Flota. El itinerario de salida era más simple, ya que la Flota de Tierra Firme dejaba Cartagena camino de La Habana, donde se encontraba con la procedente de México. De allí pasaban por el canal de las Bahamas para alcanzar el océano Atlántico. Esta ruta confiaba el éxito de la travesía a la capacidad defensiva de los buques, sorteando las posesiones enemigas, que eran mayoritarias tanto en el acceso al Caribe (Antillas menores), como en su salida natural (Bahamas) y en su espacio interno (Belice, Costa de Mosquitos y Jamaica).

Este sistema de conexiones se superponía con el de otras potencias europeas, principalmente de ingleses, franceses y holandeses. Los primeros conectaron directamente Londres con Barbados, sorteando Canarias. Desde ahí, seguían las corrientes hacia el norte camino de las colonias norteamericanas, desde donde comenzaban su vuelta a Londres. Para conectar con Jamaica o Belice seguían los mismos derroteros de los españoles, aunque enlazaban estos asentamientos con el norte a través del canal de los Vientos entre las islas de Cuba y Santo Domingo, una zona que españoles y franceses no consiguieron cerrar. Otro sistema superpuesto fue el planteado por los franceses, que partían de Brest camino de Martinica o Santo Domingo, dividiendo la ruta en el Atlántico. La primera volvía en dirección norte, pasando junto al resto de las Antillas. La segunda también buscaba la salida inmediata al Atlántico, en este caso camino de Bermudas, donde podía coincidir con la ruta británica desde las colonias del norte. A diferencia de lo indicado para los ingleses, parece que las conexiones entre las ciudades del sur de los actuales Estados Unidos y Martinica no fueron tan trascendentales, aunque la conexión desde Saint Domingue, como se citará al territorio bajo gobierno francés en la isla de Santo Domingo, sería habitual. La WIC, la Compañía de las Indias Occidentales holandesa, conectó directamente sus puertos europeos con sus asentamientos en el Caribe sur. Todos estos sistemas evidencian algunos aspectos en los que se ha reparado escasamente. Es el caso de la existencia de un espacio marítimo compartido, que era además supuestamente seguro. De hecho, más allá de ocasionales asaltos, los ataques organizados por las potencias se llevaron a cabo cerca de puertos y, por tanto, las misiones tenían un mayor calado y trascendencia. Las defensas en tierra se convertían en cruciales en caso de ataque, aunque cada potencia planteara un sistema ligeramente diferente.

La situación bélica en el Caribe hasta 1720

En las décadas finales del siglo XVII, las escaramuzas fueron tomando cuerpo, convirtiéndose en auténticos conflictos de carácter internacional. Así, el 3 de abril de 1689 los franceses destruyeron la capital holandesa de Saint Eustatius, iniciando un sitio sobre Saint Kitts el 27 de julio, y un acercamiento a Port Royal (Jamaica) en diciembre[2]. Comienzan con ello, y no exactamente en las misiones lideradas por Vernon, las series de ataques planificados desde la me-

[1] Pérez Mallaína 1982; ver también Cruz Barney 1999.

[2] Marley 1998, pp. 311-366.



Fig. 2. Detalle con las singladuras que enlazaban las diferentes metrópolis europeas con las diversas posesiones del Caribe. Jean de Beaurain. *Carte topographique de la Baye ville et faubourg de Cartagene avec les forts et batteries nouvellement et ablies pour servir a sa defense*. 1741. BL, Cartographic Items DRT Digital Store Maps K.Top.124.27.

trópoli sobre objetivos enemigos, un fenómeno que en el Caribe irá en aumento en la primera mitad del siglo XVIII. Los ingleses responderían el mismo mes con un ataque sobre Saint Martin y Saint Barthélemy, retirándose en el primer caso, pero tomando la segunda en enero de 1690. Este tipo de conflictos puntuales se repitieron de forma continuada, lo que fue generando una importante experiencia bélica y dificultando el desarrollo de fortificaciones de gran formato, que languidecían a la espera de proyectos aprobados en la metrópoli, la llegada de presupuestos, o la modificación continua de planes constructivos por el técnico recién llegado. Holandeses y británicos se unían frente a franceses y españoles quienes, en un primer momento, actuaron de forma separada[3]. Además de las plazas citadas, algunos otros puntos afectados por estos hostigamientos fueron Guadalupe (1691), Martinica (1693), Port Royal (1694 y 1710), Santo Domingo (1695), Cap-Français (1695), Cartagena (1697), Saint Kitts (1702), San Agustín de la Florida (1702), Guadalupe (1703), Tonalá (1703), Nevis (1706), o Campeche (1716), a lo que habría que sumar el terremoto que arrasó Port Royal el 7 de junio de 1692.

Un rápido análisis de estas misiones muestra un primer interés hacia las Antillas menores, que evolucionó hacia empresas más ambiciosas y enclaves de mayor entidad como Cartagena, que se trasladaría a otros ámbitos geográficos como Florida o Campeche. Con ello, las operaciones se relacionaban con otros conflictos contemporáneos, como los protagonizados por los españoles frente a los asentamientos británicos junto a la Laguna de Términos. Es evidente que el aumento de las tensiones en Europa desde 1710 no solo no se trasladó al Caribe, sino que obligó a reducir las incursiones, permitiendo un periodo de cierta tranquilidad en el área americana, con la excepción del territorio norte, donde se desarrolló la guerra de la Reina Ana (1712-1713). La mayoría de esos ataques se realizaron con un número escaso de efectivos, tanto de tropa como de navíos, y tuvieron lugar en respuesta a un ataque previo. No tenían como

[3] Crespo Solana 2006, pp. 125-126.

objetivo conquistar el enclave con un fin expansivo, sino hostigar al enemigo y dificultar su progresión comercial en la zona. Eran campañas muy rápidas y con una escasa planificación o relación con otras iniciativas bélicas. Esto marcó necesariamente el desarrollo constructivo de las fortificaciones, como también obligó a diseñar un tipo de construcción útil para este contexto. De hecho, la fórmula más frecuente para solucionar estas eventualidades fue la fortificación de campaña, o al menos, la construcción de estructuras de fajina y empalizadas. Aunque muchas de estas opciones dejaron escaso rastro documental, parece claro que no se generalizaron, con excepción del caso de New Edinburgh. Una posible explicación a esta falta de testimonios materiales es el efecto de los habituales tifones que recorren la zona. Aunque no todos los puertos resultan afectados de la misma forma por este fenómeno, no es menos cierto que las condiciones climáticas del área debieron hacer preferibles las obras permanentes en cantería o mampuesto.

Durante estas décadas se definieron las alianzas angloholandesas e hispanofrancesas, aunque la primera de ellas se vería mermada en fechas inmediatamente posteriores, en especial a partir de 1715. En este año se firma el Tratado de Utrecht, que daba por finalizado el conflicto anglo-español de la guerra de Sucesión. España reconocía las posesiones inglesas y holandesas en el Caribe a través de *cláusulas de seguridad*[4]. Además, Francia cedía a Gran Bretaña la isla de San Cristóbal (hoy Saint Kitts) junto a otros territorios en Norte América. A pesar de las reticencias de los propios colonos británicos, Londres seguía interesado en aumentar su presencia territorial en la zona, planteando hacerse con Puerto Rico, Santo Domingo y Santiago de Cuba, todas ellas ubicadas en la ruta entre las Antillas menores y Jamaica.

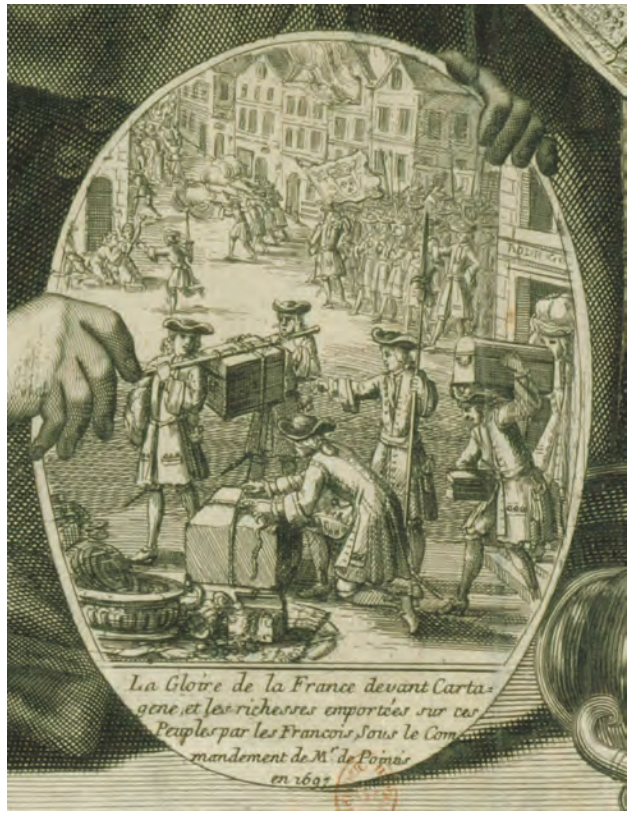


Fig. 3. Pierre Landry. *Les dernieres conquêtes de Louis Le Grand couronnées par la Paix generale.* 1698. BNF, département Estampes et photographie, RESERVE FT6-QB-201 (72).

Tanto las actuaciones en las décadas previas a la firma del citado Tratado como las consecuencias del mismo obligaron a la Corona española a modificar su sistema de gestión económica sobre la zona[5]. El gasto militar aumentó, así como la especialización y control de los técnicos enviados. En cuanto a los ingenieros militares, la formación específica en general era aún muy escasa[6]. Como consecuencia de ello y de la creciente actividad americana, el número de profesionales cualificados debió aumentarse notablemente. Fue a principios del siglo XVIII cuando diferentes potencias europeas intentaron ofrecer un marco institucional de control de la profesión. El caso español sufrió un cambio drástico con la llegada de Jorge Próspero de Verboom, y la creación del Cuerpo de Ingenieros en 1711, organización que dirigió hasta su fallecimiento[7]. Esta iniciativa española no fue única, pues se advierte también entre franceses e ingleses. Los primeros tenían una mayor tradición formativa en la metrópoli y unos procedimientos de control mucho más estables. La propia presencia de Blondel en la zona es un claro ejemplo de ello. Esto dotó a los puertos franceses de ingenieros con una mayor formación, pero parece probable que permanecieran poco tiempo en destino y que rara vez llevaran a término sus propuestas, lastrados por una burocracia especialmente lenta. Este fenómeno parece no verse modificado a lo largo de la primera mitad del siglo XVIII, aunque son necesarios más estudios al respecto. El caso inglés sí ofrece, en cambio, una cierta evolución. En un primer momento se decidió enviar al Caribe a militares con una amplia experiencia y formación bélica en Europa. No contaban con formación matemática específica, pero sí con la experiencia de sus años de participación en conflictos, actuando como ingenieros. Estos técnicos, como Lilly, definirían un modelo de defensa de largo recorrido en la zona. Según avanzó el siglo, el envío de ingenieros desde Londres disminuyó, excepto en campañas bélicas concretas, centrándose las labores defensivas en el avance del poder naval.

Este contexto bélico y político propició un destacable cambio en la defensa de las posesiones caribeñas de las diferentes potencias, como se aprecia en la evolución de las fortificaciones. En primer lugar, cabe señalar la continuidad de prácticas tradicionales del siglo

[4] Crespo Solana 2006, p. 125.
[5] Consúltese Serrano Álvarez 2004.
[6] Una visión general sobre el tema aportó Galland Seguela 2008.
[7] Sobre este asunto, consúltese Muñoz Corbalán 2015.



Fig. 4. Pierre Landry. *Les dernieres conquêtes de Louis Le Grand couronnées par la Paix generale.* 1698. BNF, Estampes et photographie, RESERVE FT6-QB-201 (72) (Detalle).

XVII, como son el recurso al cuadrado abaluartado, a las baterías costeras en las islas y a estructuras irregulares abaluartadas, emplazadas en los accesos de los puertos. Las obras de nueva factura, unidas a las reformas de construcciones previas, presentan algunos elementos en común. Se trata de soluciones de sencillo diseño, en especial las dos primeras, lo que no requeriría un equipo técnico especializado. Su sencillez iría paralela a la simplicidad de las obras, planteadas en función de su utilización final. Las estructuras irregulares, que sí habrían exigido un estudio matemático previo, se solventaban siguiendo la orografía más que atajando los problemas de la defensa con ángulos de tiro previamente definidos. Esto obligaría décadas más tarde a reformar muchos de estos perímetros. Esos diseños evitaban estereotomías complejas, problemas de cimentación, o construcción a varias alturas. En cuanto a su localización también había bastantes similitudes entre proyectos correspondientes a distintas potencias. Los cuadrados abaluartados solían ubicarse en las desembocaduras de los ríos junto a un asentamiento de cierta importancia. Quedaba por tanto indefenso el perímetro urbano, o la mayor parte de la costa. Esta solución defensiva era barata de construir y de mantener, siendo efectiva ante ataques navales puntuales. Sin embargo, tenían escasa utilidad para controlar el contrabando, que podría haberse mitigado con amplios recintos amurallados pero que requerían una mayor inversión, que también lograrían menos resultados ante alzamientos locales o ataques multiflanco, todos ellos excepcionales para estas fechas.

Guerra de Sucesión española (1701-1713)

Junto con los conflictos mencionados, la guerra de Sucesión española protagonizó las primeras décadas del siglo. Su importancia radica en las consecuencias políticas de su final, pues tanto vencedores como vencidos experimentaron un cambio decisivo en su situación estratégica, política y económica. Es bien conocido que su génesis fue la falta de descendencia de Carlos II, circunstancia que llevaría a una cruenta guerra entre Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV, y el archiduque Carlos, hijo del emperador Leopoldo I[8]. El enfrentamiento se inició en 1701, uniéndose al año siguiente ingleses y holandeses a favor del bando austracista, recelosos de una gran concentración de poder en la Casa Borbón e incluso de la unificación de reinos en la figura de un solo monarca.

El gran teatro de operaciones europeo tuvo en Italia, Baviera y las fronteras francoalemanas sus principales escenarios, con batallas decisivas como la de Blenheim 1704 en la que las tropas de Leopoldo I se impusieron. La respuesta de la llamada Segunda Gran Alianza consistió en el intento de invasión de la Península con apoyo de la armada inglesa y de algunos contingentes nacionales[9], haciéndose fuertes en Barcelona, Gibraltar y Menorca. No obstante, el apoyo de las tropas de Luis XIV resultó decisivo en la definitiva victoria de Felipe V en la Península. Por su parte, los partidarios del ya emperador Carlos se atrincheraron en Barcelona, aunque fueron finalmente derrotados en 1714[10].

La historiografía ha calificado la guerra de Sucesión española como un enfrentamiento internacional, ya que más allá del escenario europeo, existieron una serie de batallas en los territorios americanos dominados por las potencias combatientes[11]. Ciertamente, la localización de colonias inglesas y francesas en el reducido espacio que conforma el mar Caribe presagiaba una rivalidad por el control de la zona entre ambos países, la cual se manifestó utilizando como

[8] Sánz Ayán 2006, pp. 8-12; Tilly 1990, pp. 244-245.
[9] Black 2001, pp. 341-344.
[10] Black 2003, pp. 104-108. Sánz Ayán 2006, p. 48.
[11] Albareda i Salvadó 2010, pp. 17-29. Además, puede consultarse AA.VV. 2001.

pretexto el conflicto sucesorio español. Por otra parte, Inglaterra aprovechó la muerte de Carlos II para acumular en Jamaica una serie de pertrechos que le permitiesen practicar un asalto rápido a cualquier capital española del Caribe[12]. También Austria colaboró a la inestabilidad de la zona, enviado militares por distintas ciudades hispanas para hacer propaganda a favor del archiduque Carlos, incluso en 1702 se le proclamó en Caracas rey de España gracias a la acción de estos representantes, tras conseguirse el apoyo de los ingleses y holandeses desde Curaçao[13]. A favor de ese nombramiento se manifestaron algunos ciudadanos mexicanos, a pesar de la férrea actitud mostrada por el virrey duque de Albuquerque[14]. Contrario al nombramiento del archiduque Carlos estaban ciudades como Santa Marta o Cartagena de Indias, cercanas a la corriente que apoyaba a los Borbones en su ascenso al trono español[15]. A pesar de todo, los choques en tierras americanas no fueron decisivos para el devenir político español, pero sí ocasionaron la interrupción de las comunicaciones entre la Península y las plazas americanas.

Precisamente esta fue la base de la estrategia ofensiva inglesa, pues al controlar junto a Holanda la mayor parte de las aguas caribeñas, obstaculizaban las rutas marítimas españolas, generando un debilitamiento paulatino de las fuerzas hispanas. Para solucionar esta situación, Luis XIV ofreció la colaboración de su flota como escolta de las naves españolas que cubrían la ruta entre Veracruz y Vigo, pues se había descartado atracar en Cádiz ante la amenaza del enemigo inglés en su bahía. Asegurada la principal ruta comercial española gracias a la acción del marino Jean Du Casse, la estrategia ofensiva borbónica consistió en asaltar las posesiones británicas del Caribe, caso de las Bahamas, Monserrat o las costas de Carolina. La respuesta británica consistió en el ataque a Florida en 1702 del gobernador James Moore, asalto que se alargó hasta el año siguiente gracias a la resistencia del fuerte de San Marcos. Dos años más tarde, la región de Apalache quedó reducida al núcleo de San Agustín, ya que el fuerte de San Luis fue abandonado por los continuos ataques ingleses a los enclaves españoles de la zona. Finalmente, en 1706, los españoles buscaron desquitarse mediante el asalto de Charleston, pero la falta de contundencia de sus ataques imposibilitó la conquista de la plaza. Por tanto, España había conseguido resistir, en algunos de sus núcleos más destacados, el incremento de la presencia del imperio inglés, germen de posteriores acontecimientos bélicos en la zona. Peores fueron las consecuencias a nivel económico, pues España concedió el asiento de negros a Inglaterra, lo que otorgaba el derecho a comerciar con los esclavos y con otros productos americanos[16]. Se instauró el llamado "navío de permiso", medida que posibilitaba el acompañamiento de una embarcación británica a la flota española que partiese desde Veracruz o Portobelo. Diferente fue el desenlace para Francia, pues tras la firma de la paz de Utrecht entregó a Inglaterra la región de Nueva Escocia, Saint Kitts y Hudson, perdiendo parte de su poder territorial en las Indias, lo que iba en detrimento de su hegemonía económica en el marco caribeño[17].

La guerra de la Cuádruple Alianza (1717-1720)

En el verano de 1717 Felipe V decidió recuperar Cerdeña. Con ello, se violaba uno de los términos que mantenía el frágil equilibrio de poder entre las potencias europeas desde los acuerdos de Utrecht y Rastatt. La reacción de los restantes países vinculados al Tratado fue inmediata y en bloque, creándose la denominada Cuádruple Alianza formada por el Sacro Imperio Romano Germánico, Francia, Gran Bretaña y las Provincias Unidas holandesas. Más allá de su incidencia en los territorios europeos en disputa, principalmente Italia, el Caribe será también escenario del conflicto, aunque con una incidencia moderada, con ataques a los puertos de Pensacola y Nassau. Al primero de ellos se dirigiría el gobernador de la Luisiana Jean-Baptiste Le Moyne de Bienville en mayo de 1719 al frente de cuatro barcos de guerra con seiscientos hombres. La guarnición de la ciudad, al mando del gobernador Juan Pedro Matamoros, a pesar de ofrecer resistencia durante tres días, acabaría rindiendo la plaza, que aún estaba sin fortificar en su totalidad y con escasez de suministros. Los vencedores ofrecieron a los habitantes de Pensacola la ciudadanía francesa y deportaron a La Habana a la guarnición con su coronel al frente. La respuesta española fue rápida. El sargento mayor Esteban de Berroa puso en marcha una expedición de reconquista en julio de aquel año con novecientos voluntarios y dos compañías regulares de la capital habanera. El 24 de agosto acabarían por recuperar la ciudad, defendida por 400 hombres comandados por el capitán Antoine Le Moyne de Châteauguay, haciéndose con dos embarcaciones y 160 esclavos. Animado por la victoria, De Berroa atacó las posesiones francesas de la Luisiana, aunque fueron intimidados por las fuerzas de Bienville. La ofensiva española hizo que el comodoro Marquis Desnots de Champmeslin aprovisionase en Saint Domingue una flota de cinco barcos con 2.000 hombres a los que se sumó una columna dirigida por tierra hacia Pensacola. La fuerza francesa, muy superior a la española que apenas contaba con ochocientos hombres en un fuerte a medio construir, tardó dos horas en rendir la ciudad. Matamoros, De Berroa y dos compañías regulares de soldados fueron retenidos como prisioneros de guerra, mientras seiscientos de los defensores se repatriaron a La Habana. Desistiendo de montar de nuevo una guarnición en Pensacola, Champmeslin destruiría la ciudad el 2 de septiembre, antes de dirigirse a Francia[18].

[12] Navarro García, 1975, pp. 20-24.
[13] Una visión general sobre este asunto ofreció Borges 1963.
[14] Véase Montes González 2016.
[15] Mena García 1982, pp. 10-50.
[16] Sánchez Andrés 2013, pp. 339- 356.
[17] Navarro García 1975, pp. 26-27.
[18] Más información sobre este asunto aportó Marley 1998.

La campaña en el Caribe se reactivó al año siguiente, confrontando a británicos y españoles en el archipiélago de Bahamas. Las islas, sobre las que España ejerció una soberanía apenas puesta en práctica, fue ocupada sin oposición por Inglaterra en la segunda mitad del siglo XVII, fundando las colonias de Eleuthera y Charles Town. Los habitantes de Nueva Providencia ofrecieron un primer intento de defensa erigiendo, ya en el último cuarto del siglo XVII, unos fuertes de empalizada, pero resultaron poco útiles ante el ataque conjunto de españoles y franceses de 1684, que destruyó el asentamiento. Más de una década después, se decretaba el establecimiento de una nueva ciudad sobre la antigua Charles Town bajo el nombre de Nassau, en honor al nuevo monarca inglés y estatúder neerlandés Guillermo III. Destruida por el ataque de una flota franco-española, será de nuevo levantada en 1697, construyéndose entonces sobre la arena de la playa Fort Nassau, para proteger el canal formado entre la costa y Hog's Island. Fue reconstruido con posterioridad en varias ocasiones sin que la planimetría y cartografía conservadas permitan arrojar noticias precisas de su configuración, aunque seguramente se trató de un fuerte abaluartado, al menos de cara al mar, esquema que en parte se habría mantenido en las reformas y reconstrucciones posteriores[19].

Con la nueva centuria y el inicio de la guerra sucesoria por el trono español, las hostilidades entre la alianza franco-hispana e Inglaterra se vería reflejada en estas islas en 1703. Una nueva ofensiva de una escuadra combinada atacó por sorpresa la plaza, produciéndose el saqueo e incendio de la ciudad y la destrucción de Fort Nassau[20]. A partir de entonces, desapareció la gobernación civil y militar, lo que contribuyó al florecimiento de enclaves de piratas que no estaban al servicio de la Corona inglesa. Esta recobraría el control en 1718 con el capitán Woodes Rogers, comisionado para ello, una empresa que acometió con éxito al amnistiar a todos los piratas que se plegaron a la soberanía británica de la isla[21]. Rogers promovió nuevos trabajos de fortificación en la isla, interviniendo en la reparación del fuerte.

Los trabajos estaban completados en 1720, cuando entre los días 24 y 25 de febrero, en el marco de la guerra de la Cuádruple Alianza, se produjo el ataque de una flota española de 1.200 hombres, comandada por Francisco Cornejo. La guarnición de Fort Nassau estaba integrada por 250 soldados y 50 cañones, dirigidos en su mayoría a la defensa del estrecho canal de acceso a la población, que quedaba cerrado por la presencia del buque insignia Delicia y la fragata HMS Flamborough. Su presencia frustró el plan de desembarcar atacando el fuerte frontalmente en una operación anfibia, que habría supuesto toda una novedad en el Caribe, por lo que finalmente la ofensiva sería dirigida por tierra tras el desembarco de tres columnas en Hog's Island. Aunque las fuerzas españolas causaron estragos, haciéndose con un cuantioso botín y unos cien esclavos, fueron finalmente repelidas por los hombres del gobernador Rogers[22].

Los alzamientos locales

La historia militar viene interesándose en los últimos años en el carácter global de estos conflictos del siglo XVIII, con sus focos en América y Asia, pero han recibido mucha menos atención los alzamientos locales. Aunque fueron mucho más comunes y exitosos a finales del siglo XVIII, hubo casos significativos con anterioridad. Tales revueltas, además de mostrar el descontento de la población local, resultan claves para abordar cuestiones de diálogo cultural sobre técnicas militares. Esas poblaciones habían colaborado intensamente en la construcción de las fortificaciones y conocían sus debilidades. También estaban al tanto de los sistemas de organización de la tropa, de las características y número de las piezas de artillería, información que podrían haber aprovechado para programar sus alzamientos.

El primero de ellos, correspondiente al marco cronológico aquí tratado, es el de los esclavos de Saint Kitts en 1690. Su revuelta estuvo vinculada al ataque francés, siendo un ejemplo temprano de cooperación, pero sobre el que resulta difícil establecer conclusiones de mayor calado. Un segundo alzamiento destacable, protagonizado nuevamente por esclavos africanos, es el desarrollado en Antigua y Barbados en 1701. Con un inicial protagonismo de las comunidades esclavas vinculadas a las plantaciones, el fenómeno se amplió poco después a otros grupos nativos. Los sistemas de ataque de estas revueltas distaban mucho de las fórmulas de asedio de la teoría occidental y mucho más de las reglas de combate tradicionales en Europa. Las fortificaciones no estaban diseñadas para sostener ataques de este tipo y en muchos casos se convertían en estructuras poco efectivas e incluso contraproducentes.

En este mismo momento surgía en Jamaica un notable altercado, correspondiente a la revuelta de los Coromantee el 27 de diciembre de 1701. Quince esclavos dependientes de Samuel Martin, en la plantación de Greencastle, mataron a su patrón. Aunque debe contabilizarse como un alzamiento contemporáneo a los indicados, existe una diferencia importante. Los alzamientos de Jamaica se basaron en ataques a objetivos seleccionados con un posterior repliegue hacia el interior de la isla, caracterizado por una topografía compleja y desconocida para el europeo[23]. No se contó con colaboración europea como en Saint Kitts, ni tuvo el carácter de alzamiento popular de Barbados o Antigua. Al contrario, se trataba de asaltos puntuales, como los realizados por piratas en el sur de Filipinas. Fueron ataques rápidos, bien diseñados, aprovechando las particularidades geográficas del terreno. En cambio, la orografía de la isla de Antigua no

[19] Seighbert Rusell 1980.
[20] Marley 1998, p. 226.
[21] Riley y Peters 2000, p. 69.
[22] Marley 1998, p. 243.
[23] Barry Gaspar 1999, p. 185- 188.

ofrecía esas condiciones. Esta sistematización bélica suponía un reto para los ingenieros europeos, pero también una mayor madurez en la resistencia esclava, que ofrecía unos recursos bélicos particulares.

Este mismo año se produce un alzamiento de población afrocriolla en Barbados, que venía precedido de revueltas similares producidas en febrero de 1686 y en octubre de 1692 lideradas por Ben y Sambo. En esta última se advierten procesos de transferencia de conocimiento muy notables, pues Ben y Sambo organizaron sus fuerzas con regimientos de infantería y caballería, planeando incluso tomar Needham's Fort. El procedimiento elegido para lograr el triunfo fue embriagar a los escoceses encargados de la estructura gracias a la colaboración de algunos irlandeses[24]. Tras ocupar el fuerte mantuvieron fuego continuo sobre las casas para atemorizar a la población europea. El alzamiento sería finalmente controlado por las autoridades, pero las revueltas se repitieron en 1701, aunque con menor éxito.

Estos primeros levantamientos, interesantes por ser prolegómenos de otros más intensos, muestran ya las particularidades de los ataques. Las poblaciones locales, incluyendo también a los esclavos africanos, conocían bien las técnicas y tradiciones europeas, pero prefirieron hacer un uso selectivo de las mismas, pues se encontraban más cómodos con las tradicionales. La más destacada de todas estas revueltas fue la Primera Guerra de los Cimarrones en Jamaica, un conflicto que jalona, con sus diferentes episodios, todo el siglo. En 1673 se tiene constancia de la primera, desarrollada por doscientos esclavos en Sainte Ann. Como consecuencia de ella se creó una primera comunidad estable de cimarrones, que se fue nutriendo en otros alzamientos, como el protagonizado en 1690 por 400 esclavos de la plantación de Sutton. Hasta 1728 las autoridades británicas no tomaron medidas militares contra ellos, tratando de incrementar la presencia europea en la isla, lo que contribuyó a enfrentamientos más intensos[25].

Fuera del ámbito antillano debe señalarse la tensión existente entre la costa mexicana y la actual Belice por las revueltas de los indios zambos mosquitos[26]. Entre 1702 y 1708 atacaron Trujillo, San Pedro Sula y Omoa (Honduras), San Antonio de la Bodega y Mopán. Estos asaltos, que además incluyeron poblaciones más pequeñas, les dotaban de prisioneros y bienes con los que comerciar con los ingleses de Jamaica. Estas continuas escaramuzas terminaron con el alzamiento de Pablo Presbere el 28 de septiembre de 1709, cuando catorce pueblos de indios se levantaron contra los españoles, que intentaban reorganizar la población de la zona. La campaña fue exitosa y obligaron a las autoridades a planear primero una represalia y a planificar posteriormente un sistema de defensa que controlara estas revueltas y las posibles incursiones de zambos mosquitos e ingleses. La zona había resultado poco atractiva para el gobierno español, lo que había facilitado los primeros asentamientos ingleses, al no encontrar resistencia.

En los conflictos internacionales en el Caribe y en las revueltas locales del área antes mencionada faltó, por lo hasta ahora conocido, un ingrediente: las tareas de inteligencia. El resultado de las investigaciones desarrolladas en diferentes archivos internacionales demuestra que, para estas fechas, las potencias europeas no habían valorado suficientemente la necesidad de contar con información actualizada sobre las defensas de los puertos a atacar. El conocimiento de esos tatos previos a un ataque se convertiría en un elemento común en las siguientes décadas, pero en aquel momento aún resultaba excepcional.

La herencia del siglo XVII

La aplicación de las escuelas europeas

Las tensiones entre las potencias europeas y entre estas y las poblaciones locales, requerían de soluciones que deben analizarse de forma conjunta, planteamiento que hasta ahora no se ha considerado con la profundidad que requiere. La tratadística europea de finales del siglo XVII se caracteriza por la diversidad de escuelas de fortificación recogidas en un buen número de tratados que tuvieron amplia difusión. Con anterioridad a las propuestas de Vauban cabe destacar los tratados, publicados póstumamente, de Samuel Marolois *Fortificationis sive artis muniendi* (1633) o *Fortification ou architecture militaire* (1648). Sus reflexiones ya apuntaban a la importancia de las murallas, ejerciendo una notable influencia en el tratado de Fournier. Poco posterior al de Marolois es el tratado de Adam Fritach, *L'Architecture militaire* (1631), cuyo éxito lo llevó a reeditarse múltiples veces en este siglo. Sus novedades fueron difundidas en España, aunque no se conozca ninguna traducción. La tradición española contribuyó a estas discusiones en estas mismas fechas desde Bruselas con la publicación, en 1644, del tratado de Juan Santans y Tapia, *Tratado de fortificación militar*. Para terminar con las propuestas de la primera mitad del siglo cabe citar las de Fournier. El *Traité des fortifications, ou Architecture militaire,* publicado en 1648, renovó la discusión sobre las murallas, los cimientos y los terraplenes, incidiendo en el interés por la práctica constructiva y sus problemas. De esta forma se superaba paulatinamente la visión meramente geométrica y teórica de otros tratados previos, lo que los hacía más prácticos para los técnicos enviados a América.

La segunda mitad del siglo XVII continuó con un enfoque similar de los recintos amurallados con una creciente participación de teóricos franceses y españoles. Así, Vicente Mut y su *Arquitectura*

[24] Craton 2009, pp. 112 y 335-340.

[25] Información más destallada sobre este conflicto puede encontrarse en Campbell 1990.

[26] Ibarra Rojas 2010, pp. 1-4.

militar (Palma de Mallorca, 1664), o Alonso de Cepeda con su *Epítome de la fortificación moderna* (Bruselas, 1669), dinamizaron el conocimiento en castellano, que seguramente se generalizaba entre unos profesionales aún poco organizados. Poco posteriores son el tratado de Allain Manesson Mallet, *Les Travaux de Mars* o *Den Arbeid van Mars*, [Los Trabajos de Marte] publicado en 1672 tanto en París como en Ámsterdam; el de Coehorn, titulado *Nieuwe Vestingbouw op een natte of lage horisont* [Nueva fortificación para un horizonte bajo o húmedo] (1685) y el más trascendente *Traité de la fortification* de Jaques Ozanam (París, 1694). También en estos años cabe subrayar la contribución portuguesa a este tema con el tratado *Methodo Lusitanico de desenhar as fortificaçoens* (Lisboa, 1680) de Luis Serrao Pimentel, aunque su conocimiento en América aún no ha podido comprobarse[27]. El caso de Vauban, aunque de notable significado, debe valorarse siempre con precaución ya que no existió una publicación de sus propuestas hasta 1737. Sus reflexiones, conocidas en Europa y América, se distribuyeron a través de copias de sus informes como meros apuntes, cuyos originales están datados desde 1687 en adelante. Para cuando fueron publicados y traducidos al castellano por Ignacio Sala en 1743, sus conocimientos habían sido difundidos por numerosos teóricos posteriores. Todos ellos, a los que se podrían unir otros muchos dedicados principalmente a la matemática, muestran una tradición bien imbricada internamente, donde el levantamiento de murallas y los problemas prácticos de la construcción resultaban cuestiones principales.

A pesar del peso de esta tradición, los esfuerzos de los últimos años del siglo propiciaron cambios significativos. En el caso español tiene especial relevancia el tratado elaborado por el director de la Academia de Bruselas, Sebastián Fernández de Medrano, que llevaba por título *El arquitecto perfecto* (Bruselas, 1700), del que se realizaron con notable rapidez algunas traducciones y reediciones[28]. Dicha institución aglutinaba la amplia experiencia alcanzada en la zona durante el siglo, tanto por la ingeniería flamenca, con Coehorn como máximo exponente, como por la francesa, con el Mariscal de Vauban. A estas tradiciones, estudiadas como soluciones independientes, habría que unir la creciente importancia de lo que se conoció como la Escuela de Milán, personificada en el tratado manuscrito de *La Escuela de Palas* (1693) de José Chafrión[29]. Aunque con particularidades, todas optaban por el desarrollo de las obras exteriores para proteger mejor los recintos amurallados abaluartados. Planteaban estructuras de una gran complejidad constructiva y geométrica que se llevó a la práctica en el norte de Europa. El conocimiento de estas experiencias debió llegar a América a través de los ingenieros militares de las diferentes nacionalidades, como se observará a lo largo del capítulo. No obstante, se llevó a cabo desde planteamientos muy diferentes, en sus líneas generales, existiendo también algunas importantes excepciones a este principio. La preocupación por la reducción de los costes llevó a optar en pocas ocasiones por ciudades completamente amuralladas, prefiriendo ciudadelas fortificadas en lo que puede interpretarse como una evolución de la ingeniería italiana del siglo XVI, o como una simplificación de los modelos desarrollados en los focos más activos de Europa. Frente a tal apuesta, que podría llevar a pensar en un cierto retraso americano, cabe subrayar que el nivel de fortificación que alcanzaron los puertos del Caribe en estos años no difería de la media que se podía encontrar en los del Mediterráneo o en otros ámbitos norteños. Esta larga tradición teórica en España desembocaría en las contribuciones de Tomás Vicente Tosca, su *Compendio Mathematico*, cuyos nueve volúmenes fueron publicados entre 1707 y 1715 y reeditados entre 1717 y 1760, aunque su impacto inmediato en América aún requiere de un estudio más profundo[30].

Las reformas de estructuras precedentes

El escenario bélico descrito y la carencia de ingenieros actualizados podría haber provocado la reforma de estructuras construidas previamente. Esta situación se dio de forma excepcional, ya que el concepto defensivo había cambiado radicalmente, pero se documenta una actuación que puede servir de introducción a las nuevas exigencias a la que la guerra obligaba. Es el caso de lo ocurrido en las Islas Vírgenes y en los Fuertes de Tórtola. Desde 1672, las tropas británicas lograron el control sobre las Islas Vírgenes, que desde 1648 hasta ese momento habían pertenecido a la compañía holandesa[31]. Durante esos años, los holandeses habían construido torres de control a lo largo de la costa que durante el periodo británico fueron conocidos como Fort Charlotte, Fort George, Fort Burt y Fort Recovery (Tortola). Estas estructuras, que también fueron comunes en los territorios holandeses del sudeste asiático, tenían una función principalmente de vigía. Intentaban controlar los movimientos de navíos y de la población local, aunque su capacidad defensiva solía ser escasa o nula. Se trataba de una fórmula tradicional de defensa, que apenas se seguía ya en Europa, y que en cambio fructificó de nuevo en las colonias. Dos de los fuertes citados serían levantados por orden de Joost van Dyck junto con otros piratas del momento, lo que despertó temores entre las autoridades hispanas de Puerto Rico. Los ingleses mantendrían estas estructuras con ligeras modificaciones hasta finales del siglo XVIII, cuando abordarían la construcción de otros recursos como Road Town Fort (Islas Vírgenes Británicas). Según la tradición británica, cada propietario de plantaciones tenía obligación de fortificar sus territorios, fruto de lo cual aparecerían dos ejemplos más:

[27] Fialho Conde y Massa-Esteve 2018.

[28] Sobre el desarrollo de la tratadística militar cabe destacar el trabajo de Galindo Díaz 1996 y concretamente para su traslado a América véase Galindo Díaz 2004.

[29] Una versión impresa fue publicada poco más tarde como Chafrión 1693.

[30] Cámara 2005, pp. 133-160.

[31] Stuart Olson (ed.) 1991, p. 660.



Fig. 5. Vista general de Bocagrande (Cartagena de Indias). © Fotografía de los autores.

Fort Purcell y Fort Hodge. Aunque son escasos los datos conocidos sobre estas edificaciones, resulta evidente que en estos momentos el papel del ingeniero militar era secundario, como lo era el control desde la metrópoli. La defensa dependía principalmente de la organización privada, lo que impedía cualquier actualización y sistematización de las estructuras defensivas.

En el caso de Fort Charlotte, actualmente en ruinas, su imagen responde a la reconfiguración realizada por los ingenieros británicos en 1794. Es más, algunas fuentes indican que podría tratarse de la reforma de una estructura previa en madera, que siguió en uso durante el siglo XVIII. Sí resulta interesante señalar que se trata de una localización en lo alto de un monte que domina Road Harbour. Su utilidad durante gran parte del siglo XVIII se limitaría a la de torre vigía, ya que el radio de alcance de sus cañones sería insuficiente. En Fort George se repiten algunas de las características citadas. Se trata de una estructura originalmente holandesa, de principios del siglo XVII, que fue reformada por los británicos a finales del siglo XVIII. Su estado actual también es ruinoso y forma parte de una propiedad privada. Se trata de nuevo de una estructura emplazada sobre una colina en la entrada a la bahía de Road Town, frente a Fort Charlotte. Esto lleva a pensar que su finalidad fuera también de control.

Un caso diferente, que debe ser incluido entre las fortificaciones originales holandesas es Fort Burt, cuya primera intervención conocida por parte de los británicos data de 1776. La falta de referencias a esta estructura en los documentos españoles ha hecho pensar que se tratase de una construcción posterior. Por el contrario, su ubicación en la orilla oeste de la entrada a la bahía de Road Town, apoyaría la hipótesis de una estructura de protección de cierta antigüedad. En esta misma línea debe incluirse Fort Recovery. En el sector occidental de la isla, junto a la localidad de Recovery, se conservan los restos de una torre que se data en las primeras décadas del siglo XVII, pero que caería en desuso durante el Setecientos por la decadencia que vivió esta zona de la isla. Su estructura sería reconstruida por los británicos a finales de ese siglo. Por último, Fort Purcell, conocido también en la documentación como "el dojon" o The Dungeon, debe tener su origen en la organización defensiva de Van Dyk de principios del siglo XVII. En 1686 parece que el fuerte no seguía activo y no se le cita en descripciones como la del capitán Chandler de 1715. Habría que esperar a 1750 para que una estructura de cuatro bastiones fuera planteada por el gobernador Purcell. Otro de los fuertes lejos de Tórtola es el Fort Hodge, protegiendo Ver Bay, en el extremo oriental de la isla[32].

Según lo comentado, las reformas de estructuras previas no fueron especialmente comunes en este momento. Las torres vigías seguían cumpliendo una misión, pero no se contaba con tropa para su uso y su mantenimiento dependía principalmente de los colonos. Los nuevos requerimientos defensivos debían hacer frente a ataques navales rápidos, para los que un sistema de torres apenas podía dar aviso a la población. Por ello, fue más habitual la creación de estructuras nuevas, aunque los modelos no fueran muy diferentes a los planteados ya en el Caribe a finales del siglo XVI.

El cuadrado abaluartado

La estructura con mayor éxito en el Caribe en estos años es el cuadrado abaluartado. Aunque esta solución seguía activa en Europa, se había complementado con la implantación de la fortificación irregular, con escaso desarrollo en estas fechas en América. No obstante, resultaba una solución eficaz, accesible, sencilla, y muy novedosa

[32] Véase Pickering 1983.

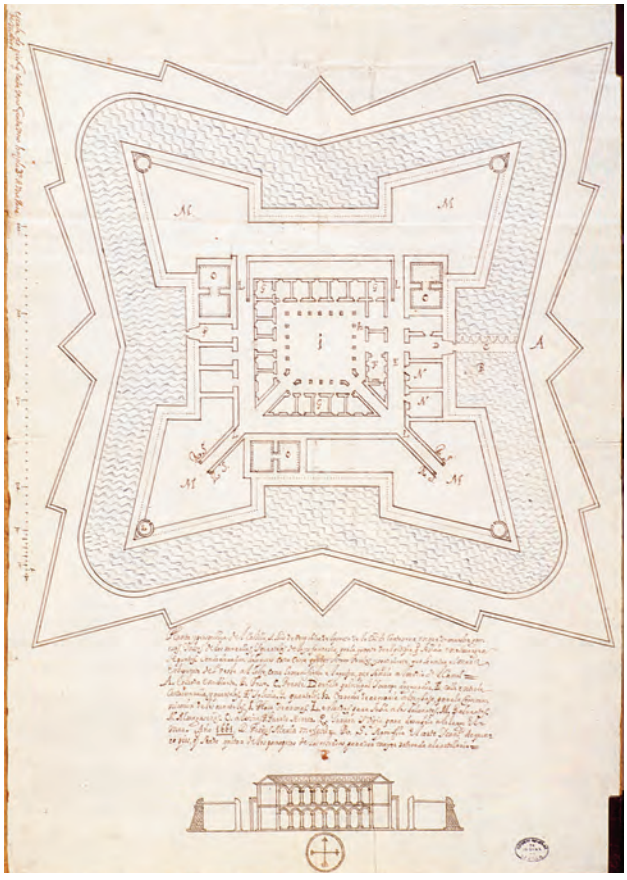


Fig. 6. *Planta y perspectiva del castillo San Luis de voca Chica del Puerto de la Ciudad de Cartagena*. 1661. AGI, MP- Panamá, 73.



Fig. 7. *Planta del castillo de San Luis de boca chica.* 1678. AGI, MP- Panamá, 92.

en comparación con la mayoría de las construcciones disponibles en América. El ingeniero Fernández de Medrano propone en su tratado un buen número de innovaciones a los sistemas precedentes, pero no por ello deja de abordar la actualización de los más antiguos. Es precisamente esta aproximación a las estructuras más sencillas lo que debió resultar crucial para la labor de los ingenieros en ultramar. Para Fernández de Medrano, el sistema defensivo más simple de todos era el cuadrado con bastiones en los vértices, que queda pormenorizadamente descrito en el capítulo "Proposición primera. Construcción del cuadrado", y que se recoge también en la primera lámina del tratado. Las proporciones previstas obligaban a que una quinta parte del cuadrado interior correspondiera con el baluarte, es decir, la cortina correspondía a tres partes de ese cuadrado circunscrito en el fuerte. Según el tratadista, esta solución era oportuna para "*fortificar un pasaje en la campaña, o para guarnecer una línea de circunvalación* (…) *y finalmente para ciudadela de una villa*"[33]. Esta propuesta debió resultar tan simple para Casani, que ni siquiera la incluye en su tratado[34]. Aunque el modelo de fuerte cuadrado con cuatro bastiones es común en el Caribe en estos años, no lo son la propuesta geométrica o las funciones previstas por el tratadista. Por ello es necesario observar la serie completa de estas estructuras defensivas caribeñas por orden cronológico.

1. San Luis de Bocachica. Cartagena de Indias (1661)

El territorio ocupado actualmente por Colombia constituyó el eje articulador político y económico de las provincias del Caribe sur. En dicha región, la ciudad de Cartagena de Indias se erigió como el centro económico más importante de la zona debido a sus conexiones con el cercano puerto de Portobelo y con La Habana[35]. Esta condición convirtió a Cartagena en un objetivo prioritario para piratas y saqueadores, por lo que la Corte española desarrolló importantes esfuerzos para convertirla en una ciudad segura mediante las últimas técnicas de defensa, debidas a los mejores ingenieros militares de

[33] Fernández de Medrano 1708, pp. 14-15.
[34] Casani 1705.
[35] Ulloa 2002, pp. 335-338.